

# **Un acercamiento a la participación social de las personas jóvenes en el contexto español**

Olatz Miranda e Igor Mera\*

## **Introducción**

Ser joven hoy no es lo mismo que haberlo sido en otra época, ya que las condiciones sociales han cambiado de forma significativa en las últimas décadas. Tampoco es lo mismo ser joven en Euskadi en Mali o en Francia. Las condiciones sociales bajo las que vivimos los y las jóvenes varían de forma significativa con el tiempo y dependiendo del lugar en el que se viva. Cabe destacar, además, que la situación social no es la misma para todas las personas jóvenes, hay situaciones que afectan de forma similar a todos y todas en los países occidentales, pero también hay condiciones que son muy diferentes de un país a otro. En nuestro análisis nos centraremos en describir principalmente la condición juvenil en los países occidentales.

Las condiciones sociales y económicas de un país concreto limitan las posibilidades de actuación y desarrollo de los y las jóvenes, pero tampoco inciden de forma uniforme, ya que no existe la juventud como un grupo homogéneo que se enfrenta a las mismas dificultades y que tiene las mismas expectativas vitales, sino que existen personas jóvenes.

Para empezar, haremos un pequeño recorrido por distintas épocas, y analizaremos los diversos conceptos de juventud que han existido desde la Grecia preclásica hasta la actualidad. Tras clarificar cuál es el prisma desde el que nos acercamos a la cuestión juvenil, nos acercaremos a la configuración de la condición juvenil que se deriva de los cambios sociales acaecidos en las últimas décadas. Siendo nuestro centro de interés la participación e implicación de las personas jóvenes en lo público, proseguiremos por analizar los efectos que sobre la misma tiene la concreta configuración del Estado del bienestar en el caso español. Finalizaremos, por último, presentando un análisis de las actitudes y formas de participación que presenta la juventud del Estado español.

## **Acercamiento al concepto de juventud Evolución histórica del concepto**

En la Grecia Preclásica existía una imagen positiva del joven, relacionada con el esplendor físico, la belleza, la generosidad, etc. Del mismo modo, se relacionaba al joven con la transformación de la sociedad como creador de nuevas ideas. Esto hacía que la educación tomara gran protagonismo, lo que fomentó la creación de una institución llamada *efebia*, donde los padres entregaban a su hijo a un tutor o protector, durante un período largo para que se encargara del adiestramiento del joven, tanto a nivel cultural como en tareas ciudadanas. Sin embargo, no todos podían acceder a esta educación, ni las mujeres, ni los jóvenes plebeyos o esclavos participaban en ella, únicamente los jóvenes varones de los ciudadanos libres.

En la antigua Roma, el aprendizaje constituía un valor importante, en esta época, sin embargo, se centraba especialmente en la familia y en la autoridad paternal. Mientras que los primeros años de vida era la madre la que se responsabilizaba de la educación de sus hijos e hijas, con el tiempo esta responsabilidad se delegaba en los padres. A nivel social, los jóvenes se reunían en los *collega iuvenum*, que eran clubes o

asociaciones donde se organizaban competiciones deportivas y poco a poco se introducían en la vida política de la ciudad, eso sí, bajo la mirada de los adultos. Es importante destacar la fuerte autoridad del cabeza de familia (*patria potestas*), que la heredaría el varón por parte del padre tras su muerte. Mientras, no podría conseguir el estatus de *pater familias* y con ello estar socialmente reconocido.

En el Antiguo Régimen, el ser joven no se relacionaba con tener una edad determinada sino más bien con ser dependiente o independiente. No existía el concepto de adolescencia y el período de formación iba desapareciendo y se empezaba a dar importancia a la inserción laboral.

Con el modelo de *apprentissage*, los niños desde muy temprana edad, 7 años, eran llevados a una familia de acogida donde se socializaban y aprendían un oficio de forma que se separaban emocional y físicamente de su familia de origen. El joven se incorporaba a la edad adulta cuando se convertía en cabeza de familia, mediante la consecución de un hogar después del matrimonio y mediante la herencia familiar, tras la muerte o retiro.

En la época de la Industrialización, diversos cambios sociales y culturales junto con la modernización e industrialización de las sociedades cambiaron la concepción y situación de los jóvenes respecto a épocas anteriores. El sistema capitalista de salarios comenzó a tomar importancia dejando a un lado el sistema tradicional de sirvientes. Como consecuencia los niños y niñas estarían más tiempo con la familia, lo que hizo que hubiera más control, más protección y mayor escolarización. Aumentó también el control sobre la natalidad.

En esta época los jóvenes comenzaban a trabajar con 11 o 12 años, lo que hacía que con el tiempo tuvieran un sustento económico que les permitía emanciparse, lo que produjo un cambio en las pautas del matrimonio, tomando un carácter más libre y no vinculado a la herencia. Destacar, que sí existía una distinción entre niños y niñas, ya que estas seguían escolarizándose con el fin de adquirir un aprendizaje del trabajo doméstico relacionado con la servidumbre de clases altas.

En esta época surgen grupos de obreros reivindicativos o de protesta con carácter económico de denuncia de injusticias sociales. Mientras, los jóvenes de clases acomodadas se encuentran en otra situación, no hay empleo para las personas formadas por lo que muchos dependen de sus familias. Comienzan a implicarse en grupos políticos y organizaciones contra-culturales de protesta.

Se descubre la adolescencia como una etapa dependiente y bajo control adulto «período turbulento en el que el joven es vulnerable a cualquier influencia negativa que proceda del exterior y que puede poner en peligro su futuro» (Gillis, 1974). Destacar además, la importancia que adquiere lo masculino ante lo femenino.

Juventud Moderna. Las condiciones sociales posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, transformaron la situación social y el estatus relativo de los jóvenes en las sociedades occidentales. Los países occidentales viven un período de expansión económica que provoca un aumento generalizado del nivel de vida y la práctica obtención de un nivel de empleo pleno. Las necesidades de empleo cualificado aumentan, lo que da a los jóvenes una relativa seguridad a la hora de encontrar empleo

acorde con una formación más prolongada. Esto influyó en el hecho de que los jóvenes permanecieran durante más tiempo en las instituciones educativas.

El desarrollo del Estado del bienestar hace innecesario tener más hijos para garantizar la supervivencia en la vejez y el aumento en los salarios les reduce el valor económico de los hijos. De esta forma, se reduce la fertilidad mediante la planificación familiar y se toma especial importancia a la idea de dar mayores oportunidades de vida a todos los hijos por igual.

Cabe destacar un fenómeno importante en la configuración de la juventud actual. Se trata del desarrollo de un mercado de consumo juvenil vinculado al mayor poder adquisitivo de este grupo de edad y que han permitido la expresión cultural-simbólica de las nuevas generaciones y la creación de una identidad común juvenil, así como estilos juveniles específicos (Hedvige, 1979).

En las décadas posteriores, sin embargo, la juventud ha quedado situada en un espacio social y temporal de dependencia absoluta respecto de las generaciones adultas. El desempleo juvenil de finales de la década de los setenta y de los ochenta influyó en la postergación de la integración en la vida adulta, lo que generó situaciones de precariedad entre los jóvenes. Esta situación sin embargo, no generó grandes movilizaciones entre los jóvenes, sino más bien, una actitud de conformismo ante la situación.

### **¿Qué significa ser joven?**

Juventud, condición juvenil, situación social de la persona joven, son diferentes términos que utilizamos para definir las características propias de un determinado sector de la población. Podemos considerar como personas jóvenes aquellas que en la actualidad tienen entre 18 y 35 años. También hay quien considera que son jóvenes aquellas que tienen entre 16 y 29 o incluso entre 18 y 25 años. Esto ocurre porque, la definición de juventud es en gran parte una construcción social, es decir, depende de la época histórica y de la propia sociedad. Sin embargo, sí parece existir una base biológica sobre la que se construye la definición de juventud. Se puede considerar así, como una fase en el ciclo de vida por la que pasaremos todas las personas y la cual tiene un inicio y un final.

Desde una perspectiva socio-biológica, la juventud es una etapa en la que se plantean ciertos retos en cuanto al desarrollo psicológico de las personas. En esta etapa, las personas deberán desarrollar una identidad que les permita adquirir las competencias intelectuales y sociales que les posibiliten llevar una vida de persona adulta autónoma. Desde una perspectiva sociológica, la juventud se puede considerar una etapa determinada por una serie de dependencias. Dependencias a nivel económico, social, emocional y político-social que en un principio van atribuidas a la familia de origen y que a medida que estas son resueltas por una o uno mismo la persona va adquiriendo el estatus de persona adulta.

No cabe duda de que la juventud es una realidad que ha tenido enormes dificultades para ser definida, la variedad de concepciones y planteamientos es enorme y parece difícil poder llegar a un acuerdo de mínimos. Y es que en base a lo que se entienda por juventud, se configurarán una serie de acciones sobre ella. Lo que sí parece evidente es

que se trata de un grupo de personas con características similares que necesitan de una serie de actuaciones, un grupo que necesita una atención especial para mejorar su situación. Un grupo que además se diferencia del resto de la población.

Se trata sin duda de una realidad plural, a pesar de que gran parte de las políticas públicas se basan en una concepción de juventud a menudo homogénea que plantea intervenciones generalistas y con el objetivo de intervenir en aquellas cuestiones que preocupan a la población adulta. En este sentido, a menudo leemos y sufrimos análisis sobre el fenómeno juvenil realizados desde el mundo adulto que nos toman como objeto de estudio focalizando distintas problemáticas: las personas jóvenes nos drogamos, consumimos en exceso, no cuidamos nuestra salud sexual, participamos poco. Quienes escribimos esta reflexión comprendemos el fenómeno juvenil no como algo totalmente nuevo y distinto de los rasgos definitorios del conjunto de la sociedad sino como lugar social en el que podemos observar con mayor nitidez las consecuencias de los cambios que a lo largo de las últimas décadas se están operando en la estructura social y, por tanto, en los propios individuos y que se podrían resumir con la siguiente cita:

Una identidad flexible, una disposición constante al cambio, una capacidad de cambiar sobre la marcha, así como la falta de compromisos duraderos (del tipo «hasta que la muerte nos separe») es lo que parece conformar, antes que la conformidad a estándares inamovibles y la lealtad incondicional a las costumbres alguna vez establecidas la menos riesgosa de las estrategias de vida concebibles hoy en día. (Bauman, 2004)

### **La nueva condición juvenil**

Las palabras de Bauman con que finalizábamos el anterior punto nos sirven para retomar la reflexión, entendemos que sintetizan de manera muy certera los efectos que la transformación operada entre la sociedad industrial y la posindustrial ha generado sobre el individuo. Sociedad del riesgo, sociedad líquida, posmodernidad, capitalismo informacional, todos ellos constructos teóricos o metáforas en cuya discusión no nos corresponde entrar, pero que sí nos ayudan a situarnos ante nuestro objeto de reflexión: las tremendas y vertiginosas transformaciones sociales acaecidas en las últimas décadas nos sitúan no solo ante una nueva estructura social *licuada* que afecta a cuestiones macro y micro sino también a la propia identidad individual: «el capitalismo del corto plazo amenaza con corroer su carácter, en especial aquellos aspectos del carácter que nos unen a los seres humanos entre sí y brindan a cada uno de ellos la sensación de un yo sostenible» (Sennet, 2006).

### **De la emancipación a la individualización**

A lo largo de la primera modernidad existía una clara diferenciación entre la juventud y la adultez. El ser joven era un período que se extendía desde el fin de la adolescencia hasta la asunción de las responsabilidades ciudadanas como adulto gracias a la consecución de dos hitos centrales en la vida: acceso a un empleo y conformación de una familia propia. En esa situación la *tarea* u objetivo juvenil estaba claramente identificada con el concepto emancipación (entendida esta como la liberación de toda traba que impidiera ser ciudadano de pleno derecho) y además reducible a su dimensión residencial, esto es, cuando una persona abandonaba el hogar de origen era porque ya tenía empleo y pareja estables y se involucraba en la conformación de una nueva familia. Existía, pues, una sincronización entre las instituciones so-cializadoras

primarias (familia de origen, escuela) y las secundaria (empleo, familia propia) en un contexto, además, estable y previsible. Sin embargo:

La conexión y coordinación de las instituciones de la socialización en la era industrial deja paso en la posindustrial a la independización e inhibición y des-responsabilización por parte de los sistemas socializadores [...] [los jóvenes] relegados a sí mismos, en contextos des-conexionados, deben proyectar su propia vida, por sí mismos, sin la ayuda, sin la sintonía de las instituciones. (López Blasco, 2005)

La emancipación como objetivo deja paso, pues, en la era posindustrial a la individualización como ideal del proceso socializador. En un contexto transformado, cambiante y en el que, además, los menús de posibilidades (al menos en teoría) se han diversificado sobremanera y donde, por otro lado, los riesgos e incertidumbres empapan a casi todas las estructuras sociales el propio individuo, la persona, tiene que ser capaz de saber conformar su propia hoja de ruta. Este proceso de individualización, según François de Singly implicaría el desarrollo de tres competencias básicas (De Singly, 2005): 1) Desafiliación frente a los padres, 2) Coherencia entre autonomía e independencia y 3) Formación permanente del yo.

Además de romper las ataduras intelectuales frente a los padres para poder, así, abrazar nuevos valores y modos de vida y de estar dispuestas a no dar nunca por finalizado el proceso de construcción de la propia personalidad, para que el proceso de individualización pueda avanzar de manera adecuada, se tendrían que desarrollar tanto la autonomía como la independencia de las personas jóvenes. Sería precisamente la des-sincronización entre los procesos de autonomía e independencia uno de los aspectos más de la nueva condición juvenil. La capacidad de gobernar la propia vida desde el punto de vista ético se logra antes (y de manera cada vez más temprana en la propia adolescencia) que la posibilidad de hacerlo sin tener que rendir cuentas ante nadie. En palabras del propio autor francés «la juventud se puede definir en la segunda modernidad como el período de la vida en el que se disocian esas dos dimensiones de la individualización» (De Singly, 2005).

La juventud cobra, pues sentido pleno como etapa vital. El ser joven ya no es un período transitorio entre la niñez y la adultez en el cual el individuo tiene que adquirir unas competencias básicas que le permitan ser aceptado en el mundo adulto. El objetivo ya no consiste en dejar de ser persona en construcción y definible en negativo (joven es quien no...) para alcanzar la plena ciudadanía, sino en alcanzar aquellas características que le permitan adaptarse a las nuevas condiciones sociales en un contexto marcado por la permanente incertidumbre y abandonando, aunque sea parcialmente, el ser adulto como referencia vital.

La incertidumbre favorece el desarrollo de tendencias auto-referenciales de la juventud. Efectivamente, un número creciente de elementos de la juventud se elabora y define de manera cada vez más independiente de su relación con los roles adultos. (Bontempi, 2003)

Por otra parte, la actual condición juvenil también podría caracterizarse por el fin de las trayectorias lineales y unidireccionales. «El tránsito a la vida adulta ya no es lineal, más bien estará jalonado de interrupciones, de zig-zags que tendrán como consecuencia un alargamiento en el tiempo de la fase juvenil» (López Blasco, 2005). Los logros y pasos

en los procesos vitales ya no son acumulativos, sino que el camino está jalonado por muchos momentos de ruptura, de marcha atrás e incluso de cambio radical de dirección. Podemos, por ejemplo, iniciar una experiencia de vida en pareja y cuando esta finaliza volver al hogar familiar o experimentar una serie de empleos precarios tras los cuales retomamos nuestro proceso formativo encaminándolo a otra dirección, etc. Además, cada vez existen menos trayectorias homologables (o quizás, cada vez es más difícil calcular los mínimos común múltiplos), apareciendo una multiplicidad de recorridos vitales en los cuales es más difícil identificar aquellas cuestiones estructurales que, de hecho, condicionan las posibilidades que una u otra persona tiene para desarrollar sus proyectos vitales. Esta individualización de las trayectorias vitales dificulta la comprensión de aquellas cuestiones que otrora delimitaban las clases sociales; no solo no las elimina sino que al multiplicar las formas a través de las que estas se presentan en las vidas de las personas dificulta su aprehensión, quitándoles, así, el carácter cohesionador que pudieran tener y, por tanto, las posibilidades que de esa comprensión emanarían para la acción colectiva. La persona se ve, pues, ante una experiencia puramente individual en la que con los recursos que cuenta tiene que conformar el mejor de los menús posibles de entre la amplia carta que se le tiende.

La individualización de las transiciones hace menos susceptibles de comparación los trayectos biográficos y favorece la idea de la responsabilidad de la propia condición [...] [pero] es también consecuencia de una especie de «individualización estandarizada», es decir, de una representación de la sociedad que empuja a considerar las biografías desde el punto de vista individual y a actuar colectivamente como individuos desvinculados de condicionamientos sociales. (Bontempi, 2003)

Podríamos ver, pues, una retroalimentación entre las trayectorias vitales individualizadas y el imperativo moral al que responden. Si el conformarse como persona singular diferenciable del resto es una obligación, el proceso que nos lleva a poder serlo nos situaría en un escenario de mayor individualismo. Rotas las amarras con las clásicas instituciones socializadoras y con los valores que de ellas emanan y conformando menús vitales cada vez más diversificados, se hace difícil (casi imposible) descubrir aquellas cuestiones que son comunes a nuestras biografías y, por tanto, terminamos por no poder decodificar la realidad en términos colectivos sino en términos puramente individuales introyectando la primera persona del singular como mecanismo de procesamiento de la información por defecto.

### **La metáfora de Furtlong y Cartmel**

En los años sesenta y setenta la juventud se parecía a un viaje en tren desde la clase social de origen a la de destino [...] una vez iniciado el viaje los cambios son difíciles. Es posible pasar a un vagón de una clase superior, o bajarse en una estación intermedia, pero no se puede cambiar la dirección del viaje del tren en el que uno se encuentra. Durante el viaje se entablan relaciones entre los viajeros del mismo tren e incluso formas de solidaridad, además, si no están satisfechos con algún aspecto del viaje, pueden considerar que un cambio de dirección puede obtenerse solo a través de la acción colectiva. En los últimos veinte años, la estructura de la juventud ha asumido progresivamente los rasgos de un viaje en coche: a diferencia de los viajeros del tren, el automovilista tiene que tomar decisiones continuamente en relación con el viaje y el destino, así como sobre que dirección seguir, las paradas intermedias y las eventuales desviaciones o atajos. Aun pudiendo —y efectivamente logrando— decidir solo,

algunos factores estructurales lo condicionan en sus decisiones: como el tipo de coche más o menos potente y adecuado para viajes más o menos largos, los recursos para financiar el viaje, las capacidades de conducción o el saber obtener informaciones durante el viaje.

Repliegue sobre el individuo e individualismo como mecanismo básico de pensamiento y comportamiento social que se verían reforzados, además, tanto por la pérdida de capacidad de incidencia y plausibilidad de las instituciones clásicas como rectoras de la vida social, de una parte, y por la complejización de la realidad social y política de otra.

Hablando del nulo papel que los valores que emanan de las clásicas instituciones socializadoras (escuela, iglesia, partido, sindicato) pueden jugar como rectores de las propias vidas para hacer frente a los retos y riesgos del presente Andreu López Blasco señala lo siguiente, «estas instituciones han perdido su legitimidad y su plausibilidad para imponer normas y conductas, a lo sumo son formas del mercado, ofertas que por otro lado ejercen muy poco atractivo para los jóvenes» (López Blasco, 2003).

Por otra parte, el paso del capitalismo industrial al capitalismo informacional ha desbordado los límites del Estado nación como lugar político y las capacidades de los actores políticos clásicos para poder ejercer una dirección del conjunto del sistema. Se camuflan las relaciones causa-efecto, culpable-víctima o beneficiado-perjudicado con lo que las derivaciones que esos análisis pudieran tener para la acción política se ven diluidos. Más aún cuando las grandes teorías que podían explicar las complejas relaciones de poder y explotación de las sociedades capitalistas han perdido vigencia a nivel social y, en gran medida, capacidad explicativa.

La generación del agujero de ozono y el cambio climático ha interiorizado, confusamente, sin referencias ni orientaciones, la fractura entre lo experimentado, sus consecuencias, sus causas y los mecanismos de control efectivo [...]. La traducción del problema concreto a la responsabilidad estructural se hace muy complicada y, a menudo, deriva en narrativas morales, de acusación y culpabilización en la que echan raíces los distintos populismo y xenofobias de última hornada. (Benedicto, 2006)

Complementando esta visión sociológica, desde un punto de vista psicológico, podríamos decir que la visión descrita nos indicaría que en las personas se produciría una traslación desde un *locus de control interno*<sup>[1]</sup> (donde la persona además de comprender el mundo que le rodea, tiene unas referencias pasadas válidas, una utopía movilizadora y un sentimiento colectivo que le empodera) hacía un *locus de control externo* (donde la persona no sabe situar los niveles causales, se ve en la necesidad constante de reinventarse y se encuentra abandonada a sus propias fuerzas). Análisis convergentes con las ideas desarrolladas por el heterodoxo Erich Fromm hiciera en la década de 1950. Obras como el *Miedo a la Libertad* (Fromm, 2000) o *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea* (Fromm, 1992) traslucen una persona anómica, paralizada por la falta de referencias ético-morales y con una personalidad corroída por el consumo como resultante de las democracias capitalistas. Varias décadas después, la evolución del sistema productivo hacía el capitalismo informacional no ha hecho más que afianzar la fuerza con que dichas tendencias tienden a influir en la estructura psíquica de las personas.

## **De la ética a la estética**

Si el abandono de la emancipación como ideal socializador y el encumbramiento del individuo como referencia última entendemos que es uno de los principales rasgos que nos permiten reflexionar sobre la actual vinculación de las personas, especialmente las jóvenes, con la *cosa pública* trataremos, ahora, de reflexionar sobre las implicaciones que sobre el mismo aspecto ha tenido la transformación, o mejor dicho, el fin de la sociedad salarial.

El industrialismo funcionaba en base al papel central que el empleo ocupaba en la organización social; de hecho el pacto social que sustentaba los estados del bienestar se basaba, de una parte, en la asunción del sistema productivo capitalista en su versión fordista y en la extensión, por parte de los estados, de amplias y diversas políticas de carácter social para garantizar unos mínimos de igualdad entre los miembros de la sociedad. El empleo era no solo la llave para el acceso a la ciudadanía de pleno derecho, sino también institución socializadora privilegiada y criterio normativo del que emanaba toda una cultura. Sobre el pleno empleo masculino pivotaba tanto la organización económica (economías de escala, procesos de producción estandarizados) como la social y personal. Años de carreras profesionales estables y ascendentes donde la identidad personal se basaba en el empleo. El hecho de trabajar de manera remunerada da lugar social a la persona (y a la familia que de ella depende) y sirve para delimitar de una manera muy nítida las clases sociales. En torno al valor empleo, además, cristaliza todo un paradigma ético. Pero la llegada al poder del liberalismo económico y de la primacía de lo privado sobre lo público (identificable en el hemisferio norte en el acceso al poder de Ronald Reagan y Margaret Thatcher) supone la ruptura de este pacto a favor del capital. Al compás del *maximin* (maximizar beneficios, minimizar costes) y con la excusa de la globalización de la economía, la empresa ya no quiere cargar con las obligaciones que tiene contraídas para con los estados y la clase trabajadora. Se inicia, entonces, una batalla en todos los frentes (político, ideológico, técnico, organizacional) para cercenar las bases del anterior sistema. La redefinición de un capitalismo que deje de funcionar en base a la estimulación de la demanda vía poder adquisitivo de la clase obrera por otro modelo en el que el motor sea el propio consumo supone que el empleo no es ya un deber social sino una obligación individual que el individuo tiene que cumplir si quiere ser alguien en la flamante sociedad de los consumidores.

La reorganización operada en la nueva fase del capitalismo convierte en disfuncionales los viejos sistemas fordianos de producción y por tanto el tipo de relaciones laborales que aquel propiciaba. Se acabaron las carreras estables y ascendentes en las empresas y llegaron las nuevas carreras flexibles, rotas, imprevisibles. La identidad personal ya no puede sustentarse en el empleo (cómo hacerlo sobre algo que se ha tornado tan inestable) y el consumo está deseoso de ser abrazado como medio de dotar a las personas de identidades: «las identidades, como los bienes de consumo, deben pertenecer a alguien; pero solo para ser consumidas y desaparecer nuevamente [...] las identidades no deben cerrar el camino hacia otras identidades nuevas y mejores» (Bauman, 2000). No se trata, pues, solamente de que el empleo deje paso al consumo como otorgador de identidad sino que el propio significado de la palabra identidad parece haber mutado. Si soy lo que consumo y los bienes de consumo mutan y mejoran a una velocidad cada vez mayor no tiene pues sentido que abrace un identidad permanente. ¿Por qué hacerlo si el mercado me ofrecerá mañana algo mejor, más bonito y, además, más barato?

El hecho de trabajar ya no es un valor del cual las personas se enorgullecen. Se terminó la ética, más en concreto la ética del trabajo, como eje de la conducta social y llegó la estética como criterio normativo básico. «Un tipo de sociedad en la que la seducción reemplaza a la coerción, el hedonismo al deber, el gasto al ahorro, el humor a la solemnidad, la liberación a la represión, el presente a las promesas de futuro [...] la cotidianidad está impregnada del imaginario de la felicidad consumista, de sueños playeros, de ludismo erótico, de modas ostensiblemente juveniles» (Lipovetsky, 2007). Sin identidades estables y abandonada la ética del trabajo como criterio normativo se encara (las personas encaran) un presente y futuro cargado de riesgos e incertidumbres, el anclaje en el presente y las soluciones orgiásticas (Fromm, 2000) parecen constituir mecanismos de defensa que ponemos en marcha:

Múltiples mecanismos defensivos entre los que destacan: en primer lugar, la exacerbación del presente y el desvanecimiento de cualquier otro horizonte temporal de acción [...], el consumo y el ocio nocturno desenfrenado ¿son una elección o una defensa maníaca que revela una huida de la crisis del trabajo? En segundo lugar cabría destacar el individualismo extremo y multiforme. (Santos Ortega, 2005)

El cambio operado en el paradigma desde el que tenemos que entender la juventud nos resulta un sugerente esquema de análisis desde el que entender la cuestión de la relación de este sector social con lo público. El *individuado proceso de individualización* vendría a limitar la capacidad que se tendría para sacar conclusiones colectivas a partir de las vivencias personales en una etapa vital que hemos visto autoreferenciada y, por tanto, alejada del referente de la sociedad adulta. Cambio de paradigma que ha ocurrido en paralelo al asentamiento de la estética del consumo como criterio normativo desde el que regir la vida. Proceso, este último con obvias implicaciones sobre la cuestión de la participación: cuando se da, la participación ya no está basada en el compromiso ético para con una causa, sino que tiene más que ver con la manera en la un producto es consumido. Acción y efecto de trasladar de lugar a alguien o algo.

### **Condición social de las personas jóvenes y participación**

Si a lo largo del punto precedente hemos tratado de perfilar cómo las personas jóvenes de los países centrales del capitalismo compartimos una serie de características, riesgos y oportunidades al estar inmersas en contextos socioculturales que comparten una serie de características, no podemos obviar que existen cuestiones sustanciales que diferencian esos mismo contextos y por tanto las condiciones de socialización y vida de las propias personas jóvenes. Trataremos, pues, de perfilar la condición social de las personas jóvenes en el contexto de un Estado del bienestar de baja intensidad cómo el existente en los contextos vasco y español.

### **Participación e inclusión social**

La sociedad posmoderna nos caracteriza como personas en constante disposición al cambio, ancladas en el presente, abiertas y flexibles ante un menú de experiencias cada vez más amplio que consumimos con premura y avidez. Ante el imperativo social de la individuación todas afrontamos la ruptura entre autonomía e independencia, experimentando una juventud más prolongada y autoreferenciada; pero no todos los contextos socioeconómicos nos ofrecen los mismos recursos para hacer frente a esas realidades. Nos queremos referir al conjunto de instrumentos políticos que las distintas

sociedades disponen para afrontar los tres aspectos nucleares del proceso de emancipación juvenil, a saber, educación, empleo y vivienda. Abordaremos la cuestión desde la clásica división en tres regímenes de Estado de bienestar: modelo socialdemócrata o escandinavo, modelo *workfarista* o anglosajón y modelo familiarista o mediterráneo. No nos detendremos, por otra parte, a justificar la inserción del Estado español dentro del paradigma familiarista, sino que la daremos por hecha.

Si bien el nuevo paradigma desde el que hay que entender la juventud tiene aspectos comunes al conjunto de los países de la UE, la existencia o carencia de políticas públicas potentes para la emancipación establece entre ellos diferencias también sustanciales. En el artículo «Viajeros sin Mapa» Marco Bontempi analiza la procedencia de los recursos con que las personas jóvenes cuentan para hacer frente a esa triada educación-empleo-vivienda: «la familia juega un papel prioritario en los países de la Europa meridional, en los que financia entre un 50% y un máximo del 70% de los jóvenes. Comparativamente, los jóvenes europeos del sur son además los que menos pueden contar con el mercado laboral y todavía menos con las políticas sociales» (Bontempi, 2003). En uno de los extremos encontramos países como Suecia donde la aportación pública a la renta personal de una persona joven representa más del 75% mientras que la transferencia familiar está por debajo del 5% de ella o como Finlandia en el que esos porcentajes son del 70 y el 7% respectivamente. En el punto opuesto tenemos a Grecia, Portugal y España; en este último

caso la transferencia familiar ronda el 25% y la aportación pública supone un escaso 11% (nótese que los porcentajes restantes hasta completar el 100% corresponden a la renta vía mercado laboral. Si bien el alargamiento biográfico de la juventud es común a todos los países europeos, las diferencias estriban en las formas que ese alargamiento adopta. Así si bien mientras en los países nórdicos e Inglaterra se produce una salida temprana del hogar familiar, en Francia este alargamiento adopta la forma de una experimentación en relación a las formas de convivencia, en otros países como Italia y España toma forma de prolongación de la convivencia en el hogar familiar de origen.

Nos parece interesante traer a este punto la evidencia que recoge el Colectivo IOÉ en una de sus publicaciones : «[...] cabe destacar que son los ciudadanos del norte de Europa los que sistemáticamente muestran mayores niveles de colaboración y participación en asociaciones voluntarias, mientras que son los sur-europeos [...] los que menos se comprometen con este tipo de organizaciones» (Colectivo IOÉ, 2009). La contraposición de un modelo de Estado de bienestar que parte de una estrategia universalista y que despliega una tupida y potente red de recursos sociales frente a otro modelo en el que el Estado no deja de ser, en la mayor parte de las materias, actor subsidiario frente al mercado y a la solidaridad familiar nos puede dar una de las claves para acercarnos a entender esta situación. Más aún cuando nos encontramos en un momento histórico donde confluye la denominada crisis de la sociedad familiarista, entendiendo como tal el proceso por el cual «los sucesores se ven reducidos al mero papel de huérfanos familiares sin patrimonio familiar o simbólico que heredar, debiendo labrarse su futuro personal por sus propios medios sin poder contar con el auxilio de la protección familiar» (Gil Calvo, 2007). Aunque mejor podríamos decir (adaptándonos al caso vasco) que el patrimonio familiar o simbólico que el sucesor pueda heredar ya no es garantía de que vaya a garantizar el mantenimiento de un nivel de vida igual o superior al de su generación precedente. La familia no es ya capaz de satisfacer por medio de la solidaridad primaria esas tareas que el Estado ha cargado sobre ella,

poniéndonos así, ante una nueva-vieja realidad. Esto es, estaríamos ante la vuelta a la situación social heredada, en la cual la familia, abandonada a sus propias capacidades, no es capaz de garantizar la movilidad social ascendente de las cohortes más jóvenes.

Estaríamos ante sociedades más *exclusógenas*, donde no se garantizan las condiciones socioeconómicas mínimas para que se dé un acceso satisfactorio a los distintos derechos de ciudadanía. Sociedades donde las grandes formulaciones políticas de derechos y libertades entran en flagrante contradicción con la realidad. Sistemas cínicos que desarrollan en su ciudadanía actitudes igualmente cínicas. Si quienes rigen y quienes participan como actores necesarios del sistema político-administrativo, haciendo suyos los grandes principios, no se los toman en serio y practican una especie de mascarada permanente, sería lógico pensar que un amplio sector de la sociedad haga suya esta manera de pensar y actuar que se ha dado en denominar *cinismo político*.

Si esto es así para grandes capas de la población, estimamos que los efectos que tiene sobre las personas actualmente jóvenes (o aquellas que se sitúan hasta el entorno de los 35-40 años) es aún más pronunciado. No en vano, son estas

generaciones las que más han sufrido los cambios operados desde la década de los ochenta (precarización del mercado laboral, reducción de los sistemas de bienestar del Estado). Si la ruptura entre derechos formales y reales para una amplia mayoría de la población es un hecho que sitúa a cada vez más gente en los límites de la vulneración y la exclusión social, en el caso de la juventud es aún más evidente. Así, podemos hablar sin género de dudas que la juventud en nuestra sociedad se encuentra en una situación social relegada. Neutralizando los efectos de clase, podemos afirmar que las personas jóvenes cuentan con menores recursos y seguridades socioeconómicas que las personas adultas; lo que queremos decir es que frente a personas adultas de su misma extracción social, una joven siempre tendrá mayores dificultades para desarrollar su proyecto de vida autónomo. La discriminación juvenil sería, pues, uno de los factores a tener en cuenta a la hora de entender los déficits de participación de este colectivo. No en vano, discriminación y exclusión social son fenómenos que cursan además de una dimensión económica y social-re-lacional junto a otra dimensión política en la que el acceso limitado a los derechos de ciudadanía correlaciona con actitudes de pasividad política (Subirats, 2007).

### **Relaciones intergeneracionales**

Pero, si esto es así y, además, la juventud siempre ha sido período vital especialmente bueno para la rebelión ¿Por qué esta no se da? Obligadas a elegir entre un amplio *stock* de opciones para configurar su menú vital en un contexto donde las redes públicas de seguridad y oportunidades que existen son muy escasas, la persona joven no puede sino recurrir al colchón familiar para paliar esa situación e incrementar sus grados reales de libertad. A esta percepción de que el Estado ha abandonado a la juventud a su propia suerte hay que sumarle el hecho de que si bien ha cambiado tanto el objetivo y las tareas a las que tiene que hacer frente la juventud como el contexto en el que esta se inserta, el discurso social sobre la emancipación (los discursos sociales) no lo ha hecho. Así, el imaginario que el mundo adulto traslada a la juventud sigue anclado en las viejas reglas de juego. Si estudias lo suficiente y adaptas tus capacidades a las demandas del sistema productivo terminarás por encontrar un buen empleo que te dé acceso, junto a tu pareja, a una vivienda adecuada. Se da, pues, una contradicción entre el discurso trasladado y

sostenido por el mundo adulto e introyectado por las personas jóvenes y la realidad a que estos últimos tienen que hacer frente. Además de las actitudes cínicas previamente citadas y que afectarían al conjunto de los actores sociales mantenedores del *statu quo* (el análisis de los mismo trasciende a los límites de esta reflexión) pretendemos completar esta reflexión desde dos conceptos como son las relaciones intergeneracionales y desde el concepto de anomia.

A nivel analítico muchos autores han sostenido y sostienen que la juventud es un grupo social que contiene en sí mismo el germen del cambio social. Al poder reconstruir desde su experiencia el conjunto de valores y prácticas sociales heredadas, se llegaría a un momento de antagonismo con respecto al mundo adulto (quizás el ejemplo más evidente de ello sean las movilizaciones del 68 francés). Se sostiene, pues, que el conflicto intergeneracional es un potente motivador del cambio social y por tanto de la participación en lo público. Sin embargo, en un análisis sobre la realidad de los países latinoamericanos que entendemos trasladable en gran parte, la autora Dina Krauspoff sostiene la siguiente tesis: «los cambios sociales han sustituido las bases del llamado conflicto generacional que se expresaba en la lucha de los jóvenes por el poder adulto. Mucho de lo que se ha dado en llamar desafección política juvenil es el abandono de esa lucha» (Krauspoff, 1998).

La misma es, a nuestro entender categórica en exceso, pero resulta muy sugerente en cuanto al esquema de análisis que nos brinda. Más aún cuando la tenemos que hacer correlacionar con la afirmación previa de que en nuestra sociedad las personas jóvenes se encuentran en una posición social relegada. ¿Cómo es posible que se haya abandonado ese conflicto? La clave, a ser sumada a las consideraciones hechas en torno a la nueva condición juvenil, nos la puede dar el hecho de que, en nuestro caso, las relaciones intergeneracionales tengan un marcado carácter mixto o ambivalente: «la sociedad misma reproduce tanto el papel de cuidado de los padres a favor de sus hijos, como también su decisivo papel excluyente en contra de estos últimos, [...] la seguridad de los padres viene pagada con la exclusión de sus hijos» (Gentile, 2006).

No está tan claro que todo sea negro o blanco. Por una parte, las personas jóvenes tienen (tenemos) mucho que reprochar al mundo adulto, pero, por otra, tenemos que agradecer en gran parte nuestro bienestar a la protección que el mismo nos ofrece. En estas condiciones, la existencia de un conflicto abierto sería contraproducente para los intereses etarios, pero «las relaciones que se construyen no son un pacífico juego de suma cero, sino que pueden contener formas de antagonismo y de conflictividad que en lugar de expresarse mediante conflictos pueden más fácilmente manifestarse como resentimientos» (Bontempi, 2003).

Este tipo de relaciones intergeneracionales las podríamos calificar como relaciones neuróticas. Existiría un malestar, pero a su vez la dependencia existente con respecto a los *causantes* del mismo sería tan grande que ese malestar no podría ser expresado de manera abierta. Así, si en un sistema familiar neurótico la persona o personas que cumplen la función de expresar el malestar lo hacen desplegando un conjunto de síntomas a menudo inconexos, en el caso de ampliar nuestra unidad de análisis podríamos entender algunas de las actitudes y comportamientos sociales de la juventud, y en particular la desafección política. El pasotismo, la indiferencia, pero a la vez un malestar larvado que explota de manera cotidiana entre las personas jóvenes no serían más que muestras de esas relaciones neuróticas. Un resultado, extremo, de este tipo de

relaciones perversas sería la perpetuación en edades avanzadas de la juventud de comportamientos típicos de la adolescencia, es lo que se ha venido a conocer con el término de tardo-adolescencia y que de una manera grotesca nos muestra el recientemente estrenado reality show «Generación Ni-Ni».

### **Un apunte sobre la anomia**

Es prácticamente la misma conclusión a la que podríamos llegar desde un punto de vista más ortodoxo. Tanto las condiciones sociales y culturales de la segunda modernidad como las caracterizaciones que estas adoptan en un Estado de bienestar

de baja intensidad nos dibujan un paisaje en el que se repiten palabras como cambio constante, incertidumbre, riesgo, flexibilidad. Esta realidad coexiste con unos discursos sociales que en lo sustancial no han variado a lo largo de las últimas décadas. Así, cuando escuchamos las declaraciones políticas o los discursos que se mantienen en torno a la educación, el trabajo, la familia, parece que nada ha cambiado. Se sigue actuando como si el «problema» de la juventud se terminase con la emancipación (empleo-familia-vivienda), pero para la gran mayoría «el futuro como meta orientadora se ha tornado incierto por la velocidad de las reestructuraciones sociales y culturales» (Krauspoff, 1998). Este hecho nos situaría ante una típica situación anómica provocada por la «disociación entre las aspiraciones culturales y los caminos socialmente estructurados para llegar a dichas aspiraciones» (Benbenaste, 2008).

Podríamos decir más ya que en nuestro caso no se trata solo de que los recorridos sociales se demuestren inservibles (en especial a lo relacionado con el empleo) sino que, además, las aspiraciones culturales se siguen sosteniendo de manera artificial aún cuando la realidad nos demuestra que estas han cambiado sustancialmente. Además de generar un estado de desintegración social, la anomia estaría relacionada con el desarrollo de una serie de características psicológicas en los individuos (Benbenaste, 2008) que podemos correlacionar fácilmente con la escasa participación en lo público. En primer lugar nos llevaría a ver el desarrollo social como algo opuesto al desarrollo individual; el bien común sería atacado por toda suerte de actitudes y comportamientos individualistas y egoístas (en el mejor de los casos participo cuando espero obtener un rédito personal). En segundo lugar se indiferenciarían autoridad y autoritarismo, lo cual llevaría a conceptualizar la libertad en exclusiva desde su versión negativa, esto es, la libertad de asociaría al ejercicio de los impulsos o intereses particulares y, por tanto, cualquier norma social que los merme será menoscabada. Aparecería, también, una primarización de los vínculos sociales secundarios, esto es, las reglas y formas de comportamiento típicas de los grupos primarios se trasladarían a los secundarios.

Según lo visto hasta aquí, podríamos afirmar que la configuración que el Estado del bienestar adopta en el caso español no predispone a la ciudadanía, y más en concreto a las personas jóvenes, a estar interesadas en la participación política. Esta suerte de cinismo político por la cual poca gente termina de creerse tanto los discursos legitimadores del Estado como el papel de los actores sociales en su mantenimiento o transformación vendría a convivir con unas relaciones intergeneracionales donde la cohorte joven sería extremadamente dependiente respecto a sus familias de origen quedando, de esa manera, limitadas las capacidades transformadoras que la juventud podría desarrollar. En el marco de esta falta de redes de seguridad colectivas que

favorezcan el desarrollo personal, la anomia aparecería como un concepto cuya carga explicativa intuimos como importante.

### **Jóvenes y participación**

Los y las jóvenes de hoy en día tienen una identidad arraigada y, por lo general, poco conocida para el resto de la sociedad, que no siempre entiende bien sus actitudes y pautas de comportamiento. Es por ello, que en muchas ocasiones se las enjuicia a través de prejuicios y clichés equívocos, en lugar de encuadrarlas en el contexto que rodea a la juventud actual. A menudo se les caracteriza con aquellos elementos que tienen mayor repercusión mediática, por lo que las imágenes iniciales proyectan fundamentalmente elementos negativos: botellón, consumo de alcohol, drogas, pasotismo, etc.

Para valorar los comportamientos de las personas jóvenes se suele hacer referencia y se compara con lo vivido por otras generaciones. Sin embargo, no se tiene en cuenta que cada persona vive su juventud en un contexto socio-histórico diferente. Sería impensable comparar a las personas jóvenes que vivieron en la dictadura con las del período de la transición o de la movida, o de los años noventa. Sus escalas de valores, sus preocupaciones, sus visiones de la sociedad o sus problemas son diferentes. Tal y como hemos comentado en anteriores puntos, mientras una persona joven en el período de la transición generalmente tenía un itinerario profesional definido que ofrecía ciertas seguridades, en la actualidad las y los jóvenes se encuentran en contextos en los que la incertidumbre y la precariedad son elementos comunes en el mercado laboral.

Según los estudios disponibles, somos una generación de jóvenes con profundos valores democráticos, que entendemos los partidos políticos como mecanismos de participación de la ciudadanía y que valoramos nuestro potencial personal de implicación. Una generación definida como pacifista y solidaria. También se nos define como muy críticos con los sindicatos y los partidos políticos, aún siendo conscientes de su papel fundamental en un Estado democrático. Esta paradoja plantea la necesidad de proponer cambios que mejoren la percepción de estas instituciones.

Parecen necesarios ciertos cambios que ayuden a que la ciudadanía en general y las personas jóvenes en particular tengamos mayor credibilidad, confianza y esperanza en lo político. Cambios que hagan que queramos implicarnos y que el paso por los grupos o partidos sean procesos realmente enriquecedores.

Y es que no podemos olvidar que los y las jóvenes de hoy nos enfrentamos a un contexto social caracterizado por diversas incertidumbres, donde nuestras expectativas no parecen tener una trayectoria ascendente en una empresa a lo largo de nuestra vida laboral. Con mucha probabilidad nos veremos entrando y saliendo del mercado laboral de forma continua con la necesidad de estar reciclándonos de forma constante. Debemos afrontar además un gran problema que dificulta nuestro proceso de emancipación, y es que las dificultades de acceder a una vivienda son innegables.

Tampoco podemos negar las diferencias que todavía persisten en el ámbito laboral en cuanto al género. Las mujeres siguen teniendo mayores tasas de desempleo, tienen menores posibilidades de progresar en el trabajo y su salario es menor, aún cuando realizan la misma tarea que los hombres.

Ante esta realidad, y en el contexto que nos ha tocado vivir, parece necesario el impulso de movilizaciones y de mayor implicación social que hagan que cambien muchos aspectos sociales. Aspectos que mejoren los recorridos vitales de aquellas personas que vemos con tanta incertidumbre nuestro futuro. Sin embargo, no podemos olvidar que vivimos en un mundo globalizado en el que el presentismo y lo material ha adquirido un valor incuestionable. Vivimos en una sociedad en la que hemos interiorizado el valor de tener aquello que deseamos de una forma inmediata y sin gran esfuerzo, los logros mediante procesos largos y costosos se nos vuelven poco atractivos y en ocasiones frustrantes. Todo esto influye y determina nuestra forma de implicarnos y de participar. Formas, que no varían significativamente en relación al resto de la población.

Existe además un gran interés y preocupación por que las personas jóvenes participemos. Se nos considera ciudadanos y ciudadanas del futuro, poniendo gran esperanza en el papel que vayamos a jugar el día de mañana, y en la responsabilidad que al respecto tenemos. Se olvida sin embargo, que también somos ciudadanas y ciudadanos que vivimos en el presente, que queremos ser protagonistas de nuestras vidas hoy y ahora.

En esta coyuntura, otros y otras se empeñan en que participemos, con un discurso a menudo lleno de estereotipos y aspectos negativos en relación al ser y participar de otros tiempos. Se considera que los y las jóvenes participamos menos, que nuestros intereses son cada vez más individualistas y que la preocupación por lo comunitario está desapareciendo. Discursos basados en tópicos que seguro habremos escuchado más de una vez: «Las personas jóvenes solo participan de forma puntual», «Las personas jóvenes si quieren, tienen locales para participar», «Las personas jóvenes no quieren estar en grupos formales, sino informales», «Los y las jóvenes asociadas no representan a todas las personas jóvenes», etc.

No cabe duda de que los llamados nuevos movimientos sociales han dado paso a iniciativas más puntuales, que han conseguido movilizar a una gran cantidad de jóvenes que en un momento dado se han echado a la calle para transmitir su desacuerdo o para participar en alguna acción voluntaria. Iniciativas macro que se han concretado entre otras en la protesta por la Guerra de Iraq o en las tareas de limpieza que se desarrollaron en el caso del Prestige. Acciones puntuales si cabe, pero con un alto grado de participación e implicación juvenil.

Estas acciones sin embargo, parecen perder valor por no tratarse de actividades que se desarrollan de forma continuada y en el contexto de una asociación o grupo organizado. Un gran número de personas que se coordinan sobre la marcha, procesos en los que las nuevas tecnologías juegan un papel fundamental y que se difuminan en cuanto se da respuesta a esa necesidad puntual. Acciones que no generan discursos ni propuestas a medio-largo plazo, respuestas que no permiten incidir de forma significativa en política.

Los y las jóvenes optan por dar respuesta a situaciones que en un momento dado generan una gran preocupación compartida y para la cual se movilizan. Acciones que poco tienen que ver con las realizadas por las organizaciones formales que se crearon a partir de los años treinta. Organizaciones que requieren de una mayor organización e implicación. Características de una forma de participar menos acorde con la forma de vida que experimentamos los y las jóvenes en la actualidad.

Todo esto unido al discurso de que existen espacios destinados a las personas jóvenes para que podamos participar y las frecuentes comparaciones entre lo que era y lo que es. Además de la eterna discusión entre lo voluntario y lo profesional y si las iniciativas representan a las personas jóvenes o si para ello es necesario participar desde una entidad de derecho público. Discursos para poner en tela de

juicio si esto o aquello es participación, discursos para analizar las razones que existen para que las personas jóvenes no sigamos participando de la misma forma que lo hacían generaciones anteriores y discursos para proponernos la forma, el lugar y el momento en el que deberíamos hacerlo. Ideas que no parecen tener ninguna coherencia con la propia idea de participar.

Parece claro que a día de hoy la participación conlleva un valor incuestionable que hace que cada individuo se interese y se implique por el bienestar de los y las demás. Procesos de análisis, de crítica y por qué no, de transformación social. Desde esa perspectiva más que procesos participativos, se deberían facilitar vías, canales y mecanismos. Cada generación, cada colectivo, cada grupo e incluso cada persona busca sus formas de participar, también los y las jóvenes del siglo xxi buscan sus formas. Lo que hace falta es que todo esto se desarrolle en un contexto en el que cree en la participación y se hace una apuesta por ello.

---

**\* Olatz Miranda es Educadora Social y ha realizado el posgrado Juventud y Sociedad (UNED). Además ha participado en diversos movimientos sociales. Igor Mera es psicólogo y máster en Participación y Desarrollo Comunitario además, de haber militado y desarrollado parte de su labor profesional en distintos movimientos juveniles.**

**[1] El Locus de Control (LC) es un rasgo de personalidad derivado de la Teoría del Aprendizaje Social que nos permite situar a las personas en un continuo entre LC Interno y LC Externo. La persona con un LC interno percibe que los eventos positivos o negativos ocurren como efecto de sus propias acciones y que están bajo su control personal; así, estas personas valoran positivamente el esfuerzo y la habilidad personal. Por su parte, las personas de LC externo perciben el refuerzo como no contingente a sus acciones sino como resultado del azar, el destino, la suerte o el poder de otros; así, el LC externo es la percepción de que los eventos no se relacionan con la propia conducta y que por ende no pueden ser controlados de manera que no se valora el esfuerzo ni la dedicación.**

#### **Bibliografía**

Alonso, D., «La intervención social: programas de atención y apoyo a las necesidades de los jóvenes». Universidad Complutense de Madrid. Bauman, Z. (2000), *Trabajo, Consumismo y Nuevos Pobres*. Gedisa. Barcelona.

— (2004), *La Sociedad Sitiada*. Fondo de Cultura Económica. México. Benbenaste, N. Etchezar, E. y Del Río, M. (2008), «Psicología de la anomia»,

*SUMMA Psicológica*. Vol. 5, n.º 2. Benedicto, J. y Luque, E. (2006), «Jóvenes despolitizados? Visiones y condiciones de la ciudadanía en tiempos difíciles».

*Panorama Social*. 103. Bontempi, M. (2003), «Viajeros sin Mapa. Construcción de la Juventud y Trayectos de la Autonomía Juvenil en la Unión Europea». *Estudios de Juventud*. Edición

Especial. Casanovas, J.; Coll i Amargós, J.; Montes y Sala, P. (2002), «Razones y tópicos de las políticas de juventud». *Revista de Estudios de Juventud*. 59. Colectivo IOÉ (2009), «La participación democrática de los españoles: democracia de baja intensidad». *Papeles*, 99. De Singly, F. (2005), «Las formas de terminar y no terminar la juventud» en *Estudios de Juventud*. 71. Fromm, E. (1992), *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea*. Fondo de Cultura Económica. México.

— (2000), *El Arte de Amar*. Paidós. Barcelona.

— (2006), *El miedo a la libertad*. Ed. Paidós. Barcelona.

Gil Calvo, E. (2007), «El envejecimiento de la Juventud». *Revista de Estudios de Juventud*. n.º 71.

Jurado, T., «Características de la Condición Juvenil Hoy (I): Aspectos Sociales». Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Krauspoff, D. (1998), «Dimensiones críticas en la participación social de la Juventudes» en *Participación y desarrollo Social en la Adolescencia*. Fondo de Población de Naciones Unidas. San José.

López Blasco, A. (2005), «La trama de los itinerarios de emancipación» en Tezanos, J.F.: *Tendencias de Exclusión Social y Políticas de Solidaridad*. Sistema. Madrid.

Lipovetsky, G. (2007), *La Felicidad Paradójica*. Anagrama. Barcelona.

Revilla, J.C., «Concepciones y modelos de juventud». Universidad Complutense de Madrid.

Santos Ortega, A. (2005), «Jóvenes de larga duración: biografías de los jóvenes españoles en la era de la flexibilidad informacional». *Revista Española de Sociología*, 3.

Sennet, R. (2006),: *La Corrosión del Carácter*. Anagrama. Barcelona.

Serrano, J. y Sempere, D. (1999), «La participación Juvenil en España». Fundación Francisco Ferrer y Guardia, Barcelona.

Subirats, J. (2007), «Una propuesta de consenso sobre el concepto de exclusión. Implicaciones Metodológicas». *Revista Española del Tercer Sector*, n.º 5.